

El mito de la unidad nacional

HAY momentos históricos en los que la nación o reunión de personas bajo un mismo sistema político requiere la unidad. Son momentos extremos, situaciones-límite que requieren una respuesta colectiva. Hay temas que requieren también una solución unívoca. Como la unidad no existe en estado puro, hay que discernirla de una mayoría sin equívocos ni combinaciones electorales, y hay que conseguir que las minorías la acepten o la asuman. La única posibilidad en ese sentido es la de que las minorías se sientan respetadas; bien en espera de que sus tesis lleguen a ser mayoritarias, cuando se trata de asuntos políticos en los que la opinión pública pueda variar —por abrazar conceptos nuevos, por fallo de la mayoría dominante, por cambio de las circunstancias generales—, bien porque se consideren intangibles sus derechos propios cuando no pueden aspirar nunca a ser mayorías —como en los casos de agrupaciones de variante religiosa dentro de un país de gran mayoría de una religión, etcétera—. Fuera de estos casos de concordancia y acuerdo mutuo conseguido a través de unas reglas de juego —juego limpio—, las llamadas imperiosas a la unidad nacional pueden ocultar un riesgo de tiranía, de absorción o de negación de las libertades.

Nos podemos referir, en este sentido, a la alusión hecha por el ex ministro señor Fernández de la Mora a que "la sociedad ideal es unánime", citando como autoridades a San Agustín y a Carlos Marx, sin ocultar que esa situación le parece, naturalmente, utópica. Realista reserva. La historia no ha mostrado jamás una sociedad unánime, sino en los casos más visibles —en los peores casos, podríamos decir—, una sociedad aherrojada por las normas o los dogmas de una clase —o de un grupo, o de una familia— dominante, con toda la fuerza a su alcance y toda la represión en sus posibilidades. El señor Fernández de la Mora, cuando ha gozado de poder —y quizá en el momento en que vuelve a gozarlo, lo cual es siempre posible— ha hecho cuanto ha estado en su mano para que la sociedad española tuviera esa clase de nefasta unidad.

La aparición de regímenes de los llamados democráticos en la Europa occidental, con una tradición tan antigua que procedía de la Grecia de Pericles, comenzó a encontrar una forma de unidad nacional basada en la multiplicidad o en la diversidad de opiniones y pareceres. Quizá no lo haya conseguido aún, porque la democracia no es un régimen terminado y definido, sino en continuo proceso de realización; y podríamos decir, por muchos datos, que está todavía más cerca de la imposición de soluciones que del hallazgo de fórmulas comunes. Una sociedad determinada —reunida por factores económicos y, en consecuencia, culturales y de civilización sensiblemente iguales— puede entender por unidad la suma de sus esfuerzos en adaptarse al desafío de la vida cotidiana; puede someterse a las reglas de la mayoría si se encuentra integrada en ella por su opuesto, por la oposición. Una oposición no es algo que haya que aplastar desde el poder para conseguir una unidad ficticia

y draconiana, sino algo a lo que escuchar y atender, cuyas sugerencias se suman y se estudian, y en un momento dado pueden ser resolutivas. La oposición es una institución. Es indudable que la maldición autocrática y totalitaria contra el desmigajamiento de la opinión pública en un número excesivo de partidos puede ofrecer alguna crítica, sobre todo desde el punto de vista de los fanáticos de la unidad; a fin de cuentas, una sociedad con una multiplicidad de partidos no hace más que ofrecer una riqueza de matices —cuando estos partidos no están sujetos por ideas fijas— ante la cuestión de la convivencia, de la administración de los bienes de todo o la situación con respecto al exterior. Pero esa sociedad siempre será infinitamente más deseable que la entregada a un partido único, que es algo teratológico desde el punto de vista político como desde el lingüístico —no se puede ser al mismo tiempo parte y todo—. Un partido único representa la brutal opresión del contraste de opiniones y de pareceres y la sumisión a un solo sector de la sociedad, que puede ser minoritario, pero monopolizador de la violencia.

La pretensión del señor Fernández de la Mora es la de que frente al sector que él representa existe una unidad de combate, que es el marxismo; lo que él llama "el frente marxista" y describe con todas las negras tintas propias del sector ideológico al que pertenece, el de la extrema derecha. Por lo tanto, hay que oponerle otro frente igualmente único. Si el marxismo "tiene su frente desplegado", habrá que responderle con "la alternativa real", que consiste en "oponerle otro frente o no".

El riesgo de esta versión de la política nacional y de la política mundial es enormemente grave. Sobre todo cuando procede de una persona de poder, que lo ha ejercido con la suma capacidad de ministro, y que en algún momento de crisis y desconcierto nacionales podría volver a asumirlo. En nombre de ese frente único se ha destrozado ya en años pasados la textura democrática de occidente. Si un número crecido de pensadores del pasado encontraron una solución parecida a sus problemas, esa cohorte de filósofos y pensadores se concretó en regímenes que encontraron el nombre común de fascismos, aunque el más terrible de todos ellos fuese el nazismo alemán. La herencia que el señor Fernández de la Mora quiere asumir de ese sistema es demasiado dura de aceptar.

Negamos que en el mundo de hoy no haya más que dos opciones, y que todo se presente con el carácter dual de Ormuz y Ariman, del bien y del mal. Negamos que creer que sólo puede pensarse en anticomunismo y comunismo, como que pueda pensarse en términos de fascismo y antifascismo, sea algo válido en el mundo de hoy. Pero no ignoramos el tremendo peso que esta visión dual del mundo y la vida tiene en la actualidad española. Por eso no es posible leer las frases del señor Fernández de la Mora, tan aireadas y tan difundidas, en un momento en que precisamente se están buscando soluciones distintas.

Un millón por un coloquio

● «Libertad» y «Unidad en la ruptura», proclamaban las pancartas que colgaban en las paredes del «aula magna» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, en la cual tuvo lugar el pasado miércoles un acto en que intervinieron —después de una breve presentación de dicho acto a cargo de Carlos París— Simón Sánchez Montero, Pablo Castellanos y Joaquín Ruiz Gi-



Simón Sánchez Montero.

ménez. Y el contenido del acto respondió con fidelidad a estos lemas.

Habría que subrayar el absoluto orden que se mantuvo durante el largo acto, que no deja de resultar meritorio y significativo si tenemos en cuenta los riesgos que representaba el público masivo —por otra parte incómodamente comprimido en un espacio insuficiente— y la amplia libertad del debate sobre temas de fuerte carga emocional. No es ocioso insistir en este aspecto, cuando el tema de la violencia en la Universidad está siendo introducido con manipulación que trata tanto de desmesurarlo como de trasladar la imagen de los responsables.

Cada uno de los conferenciantes asumió su representación propia. Simón Sánchez Montero se presentó como miembro del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. Pablo